

MONUMENTOS A LOS RESISTENTES ALEMANES

DEFENDIERON LA LIBERTAD

LA Historia muestra que los caminos de la libertad están sembrados de tumbas. Millares de hombres han muerto por su victoria, y, cuando ésta llega, el sacrificio de tantas vidas sólo merece en los manuales escolares tres palabras: «Acabó la opresión». Sin embargo, aunque los nombres se hundan en el olvido, queda el ejemplo de las acciones y este ejemplo es, a la vez, una acusación permanente contra la tiranía y el terror y una advertencia a los pueblos sobre las consecuencias que trae el abandono de la propia responsabilidad en otros.

El calvario alemán ha sido, acaso, uno de los más trágicos de esta época. Campos de concentración, donde la muerte revistió la más fría y cruel de las formas, donde el hombre dejó de serlo para entrar en una lotería mortal que siempre tenía un premio fatal. Cárceles de la Gestapo. Ciudades, como Dresde y Hamburgo, arrasadas... Un rastro de fuego, sangre y lágrimas fue lo que quedó de aquella exaltación a la raza superior y de aquella promesa de un dominio universal y milenarista.

Pero no todos aceptaron los hechos. Junto a entregas irreflexivas, junto a una atonía confiada y casi colectiva, Hitler tuvo que eliminar a una oposición que combatió duramente. Muchos hombres, desde comunistas a católicos, conocieron la tragedia de la lucha clandestina, las prisiones y torturas de la Gestapo y la muerte como el mejor fin para librarse de los sufrimientos.

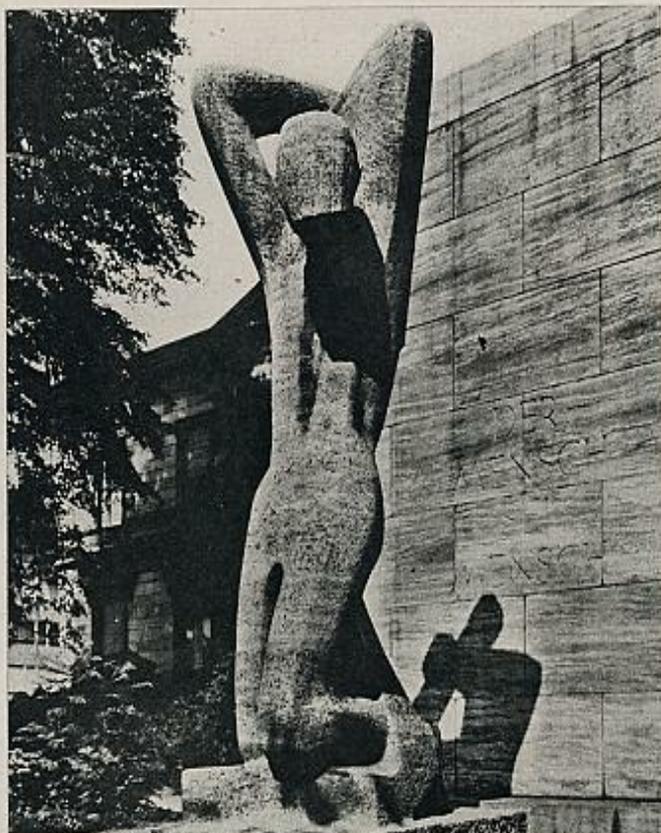




En la página 36, arriba, monumento levantado en Colonia a los prisioneros de los campos de concentración; abajo, monumento a los presos de la Gestapo, en Dortmund. En la página 37, arriba, muro en la Iglesia Sühne Christi, en Berlín Oeste, simbolizando el calvario de la Humanidad; abajo, a la izquierda, monumento a los caídos por el atentado del 20 de julio de 1944, fecha del fracasado intento contra Hitler; a la derecha, estatua al prisionero humillado por el nazismo, en Wuppertal.



De todos los momentos en que los alemanes lucharon por la libertad y la paz uno ha quedado como símbolo: el día 20 de julio de 1944, fecha del fracasado atentado contra el «Führer», que en su orgullo se había asignado a sí mismo la tarea de cambiar el curso de la Historia. Aquel intento fallido de poner fin a las penalidades del pueblo alemán y a una guerra que asolaba Europa, lo pagaron con su muerte un gran número de personas, tal vez cuatro o cinco mil, pues las ejecuciones fueron secretas y no ha podido saberse la cifra exacta.



Ahora, el arte da testimonio de ello de muy distinta manera. El terror fue heterogéneo y son muchos los tipos de monumentos para expresarlo. Junto a los campos de la muerte, obras de hoy, centros docentes, obeliscos, estatuas, recuerdan una época pasada y los errores que la permitieron. Son testigos del ayer, advertencia para el presente y confianza de que en el futuro el camino de la libertad sea menos trágico.

(Agencia Fiel - INB)